

*Si las circunstancias lo exigiesen, estoy seguro de que nos habríamos de volver a encontrar para defender la República  
Madrid y abril, 932.*

Gonzalo QUEIPO DE LLANO”

No solo el general Queipo de Llano sufrió las consecuencias sumarias de la aventura albaceteña y murciana. También otros de los más humildes personajes políticos citados en este relato sufrieron durante algún tiempo la persecución policial del Dictador. El Doctor Cortés, dice al respecto: *“Estuve sumariado militarmente. Por cierto que el juez instructor, que fue el comandante don Alfonso Caudepont, nos trató con consideraciones que no podemos olvidar: Era un caballero”*.

Y a continuación, nos cuenta también otras anécdotas sabrosas del ambiente de la cárcel: *“En Prisiones Militares, reuníanse todos los conspiradores presos en una celda grande que llamaban, alegremente, “el Casino”. El único que no acudía jamás, como usted podrá suponer, era Castro Girona. Los otros, cuando se encontraban aburridos, le hacían “la gallina”, cacareando ante la puerta de su celda. El coronel que ejercía la jefatura de Prisiones, cuando los conspiradores armaban excesivo jaleo se aproximaba, gritándoles: ‘Esto es intolerable. Les voy a encerrar a todos en una celda de castigo’. Y añadía, riéndose: ‘Hasta luego’ ”*.

Aunque en libertad provisional, porque no se podía probar nada en contra de ellos, los conspiradores albaceteños tenían que presentarse cada dos días y firmar en un registro de la policía. En el mencionado diario *“Hoy”* se reproduce una hoja de la libreta donde tenían que firmar los señores Orovitg, Rodolfo Coloma, García Farga y el Dr. Cortés, y que corresponde a los días 11, 13, 15, 17 y 19 de abril de 1929. Estaban sometidos al control policial que se llamaba *“régimen de 48 horas”*.

Don Arturo Cortés añade algo más acerca de los dos republicanos fallecidos antes de 1932: don Agustín Orovitg y don Enrique Martí Jara: *“Orovitg era hombre de una gran entereza. Enfermo y perseguido con saña por ser de su propiedad “La Cañada de Pajares”, centro de las conspiraciones, jamás desmayó. Respecto a Martí Jara, malogrado en plena juventud, ¡qué voy a decirle!... Ocupaba puestos envidiables como catedrático, como escritor y como político, y poseía más de un millón de pesetas. Y, en esas condiciones, él nunca vaciló al jugarlo todo a la carta de la República. Era una gran inteligencia, al servicio de un gran corazón”*.